

SOBRE LA CRONOLOGIA DE LA SEPULTURA DEL CERRO DE LA HOYA DE SANTA ANA (CHINCHILLA, ALBACETE)

Texto: Rubí Sanz Gamó.
(Museo de Albacete).

LA necrópolis de la Hoya de Santa Ana, excavada por J. Sánchez Jiménez entre 1941 y 1946 con la colaboración de J. García Cernuda, ha sido citada con frecuencia en la bibliografía, sin embargo, como ya apuntó J.J. Blánquez Pérez (1990, 269, y 1992, 244), el conjunto de los materiales es prácticamente desconocido. Por nuestra parte insistiremos en una de las sepulturas más citadas, la denominada número 0 que motivó el inicio de la excavación. Con ello queremos sumarnos al homenaje a Raúl Amitrano por cuanto siempre estuvo interesado en los materiales de ese yacimiento, algunos de los cuales fueron restaurados por él.

Las primeras noticias de la sepultura proceden del propio Sánchez Jiménez (1943) quien llamó la atención sobre los

elementos del ajuar, describiendo algunos de ellos sin asignar datación alguna, e interpretando su posición bajo “un templo o edículo” (Sánchez Jiménez 1943, 11). En 1949 San Valero citó la fíbula de La Téne (San Valero 1949, 19). En 1953 Cuadrado describió el plato de barníz rojo, encuadrándolo dentro del tipo a/4, de fondo plano y borde aristado (Cuadrado 1953, 22, fig. 7), que posteriormente denominó número 1 (Cuadrado 1969, 266). Otros objetos fueron citados al estudiar los cascos de tipo Montefortino peninsulares (Abásolo y Pérez Rodríguez 1980) o galos (Barrauol y Souzade 1969, 31). Para la cerámica pintada Pericot dedicó dos buenas fotografías (Pericot 1979); fueron reseñadas a propósito de la restauración de ambas (García Martínez y Cano 1989), siendo algo más amplio el comentario dedicado por R. Olmos (La sociedad ibérica... 1992, 121). Recientemente han sido estudiadas las fíbulas (Sanz Gamó et alii 1992) y el ajuar de bronce (Abascal y Sanz Gamó 1993, en prensa). Escuetas referencias al monumento se hallan en Cuadrado (1987a, 194). El Conjunto ha sido incluido por Blánquez Pérez en su tesis doctoral, para este autor se trata del túmulo principesco de un guerrero, con cremación del ajuar u ofrendas (Blánquez Pérez 1990, 277 ss.).

EL APORTE ESTRATIGRAFICO

A pesar de la ambigüedad de las descripciones del diario y fichas conservadas en el Museo de

Albacete, creemos sin embargo que es posible una aproximación estratigráfica aún con las dificultades que entraña el reestudio de antiguas excavaciones (Chapa 1991, 31). Partiendo de que un ángulo del túmulo estaba descubierto las anotaciones conservadas relatan lo siguiente:

Comentarios de Cernuda en el diario: “En el mismo sitio <se refiere al lugar de la esquina que afloraba en superficie> existen diez trozos de piedra de la misma calidad de las anteriores y de diferentes medidas; todas estas piedras están labradas por sus cuatro caras, y desplazadas del sitio donde estuvieron colocadas, demostrando que fueron ya revueltas estas tierras, como lo atestigua la diversidad de fragmentos de cerámica y huesos que aparecen en la primera cavada que se hace, como exploración. Sobre superficie se encuentra una fusayola de barro ennegrecido”.

Fichas de Sánchez Jiménez (los números entre paréntesis son del inventario del Museo): “Apenas esclarecida la tierra vegetal, en el centro del que suponemos un recuadro, se apreció la presencia de cenizas, pequeños huesos calcinados y una fusayola de barro ennegrecida; pero todo ello tan disperso que denunciaba que este sector había sido removido, tal vez al plantar la viña, puesto que hacia el centro del cuadrado existía una cepa joven.

“A cuarenta centímetros de profundidad la ceniza se hizo más densa apareciendo trozos de carbón de ramas de almendro

(2104) y abundantes semillas del mismo vegetal (almendrucos) (2105), que se conservan, de tamaño bastante reducido y carbonizado. En el centro de este cenicero, de 30 cm. de espesor, de los cuales los diez más profundos estaban formados por carbones como aquellos, apareció una urna de forma de sombrero de copa (2106), cubierta con un plato. La urna contenía huesos calcinados en pequeños fragmentos.

“Junto a estas piezas se hallaron un casco de bronce; una falcata muy deteriorada (2109) y fragmentos de otra, de espada o puñal (2110); una punta de jabalina y un trozo de hierro de la misma (2111 a y b); un umbo de escudo de hierro (2112); una punta de soliferrum (2113); otros dos fragmentos de soliferrum (2114 a y b); así como otros dos trozos de otro (2115 a y b); un talón de lanza de hierro, para enmangar (2116)... y fragmentos del talón de otros (2118 a y b); un fragmento de hierro con un asa para suspensión (2119); fragmentos de láminas de hierro atípicos (2120) y un pasador de hierro (2121).

“De bronce se encontró una abrazadera en forma de horquilla (2122); dos fragmentos de abrazadera (2123 a y b). Un fragmento de fíbula de gran tamaño de La Téne (2124); un fragmento de bronce (fíbula?), con una pequeña aguja; una aguja de bronce, de una fíbula grande (2126) y un fragmento de bronce, como un pasador, de fíbula (2127); un trozo de molar de caballo (2128) y huesos carbonizados. Un plato de barro gris (2129) y varios

fragmentos de otro (2130). “Bajo las piedras que for maban el recuadro. y en el extremo más próximo a éste, se encontró un plato, tosco (2131) de barro negro espatulado. y 4 fragmentos de un catino argárico. El borde superior de la urna y el plato que invertido lo cubría se hallaban al mismo nivel que la cara inferior de las piedras del recuadro”.

De todo ello, la secuencia pudo aproximarse a la siguiente:

1. Nivel de superficie, de tierra vegetal. Desconocemos la potencia.
2. Nivel afectado, como el anterior, por labores agrícolas como la plantación de viña, quizás por el arado. Esto provocó el desorden de las piedras del interior del recuadro, de las que al no saber las dimensiones ignoramos si formarían parte de los sillares de un segundo escalón del túmulo, o por el contrario constituirían el encachado interior del mismo. La presencia de cenizas, huesos calcinados y la fusayola pudieron deberse a arrastres de la reja del arado más que a una intromisión del excavador en el nivel inferior, pues de la fusayola se especifica que estaba en superficie pero también que apareció en la primera cavada. No obstante, cabría preguntarse por la posibilidad de una ofrenda.
3. Sepultura propiamente dicha. Si bien los manuscritos no lo mencionan, es evidente que se realizó una cremación en hoyo, depositándose en el fondo del mismo un lecho de carbones al

parecer de almendro, sobre el que se colocó la urna funeraria cubierta por un plato, y a su alrededor las cenizas, carbones y ajuar funerario. Este nivel apareció a 40 cm. de profundidad (quizás tomando como cota 0 la cara superior de la estructura in situ), y tenía una potencia máxima de 30 cm. Por el último párrafo del texto de Sánchez Jiménez sabemos que la cota superior de este nivel era la misma que la inferior de los sillares asentados, de lo que parece deducirse que la deposición de la tumba se realizaría inmediatamente antes de la construcción del monumento.

No se menciona la forma del hoyo ni sus dimensiones (en todo caso parece probable la potencia del cenicero de 30 cm.), ni tampoco si la tierra del estrato inferior a éste se encontraba quemada, por lo que es difícil saber si la cremación se realizó en el mismo lugar, cosa poco probable, pues los carbones de almendro pudieron ser transportados en el momento de la deposición de la tumba, formando parte del mismo rito.

Por otra parte, las descripciones del ajuar que completaban la tumba son significativas, realizadas en el siguiente orden: en primer lugar la posición de la urna y el plato que la cubría en el recuadro de piedras y casi en el centro del mismo según Cernuda; en segundo lugar, al lado, la panóplia de un guerrero y diversos fragmentos de varias vasijas ya destrozadas anteriormente (diario de excavación). Estos fragmentos son los que describe Sánchez Jiménez con posterioridad al

armamento, habiendo anotado a mano que el plato número 2130 es de terra sigillata, tratándose sin embargo del plato de barníz rojo.

4. Nivel de suelo de uso en el momento de instalación de la tumba, en el que se recortó la fosa u hoyo.

5. Nivel bajo la estructura tumular. Se hallaron un cuenco y un plato de cerámica a mano. No se cita si contenían huesos o cenizas, sólo la posición bajo las piedras. Ignoramos la relación con respecto al suelo de uso existente en el momento de instalarse el monumento, y si el nivel era inmediato inferior o por el contrario hubo otros intermedios.

ELEMENTOS DE LA SEPULTURA

De los materiales y manuscritos parece evidente la superposición de tumbas en la denominada genéricamente sepultura 0. El nivel más antiguo vendría dado por las cerámicas halladas bajo los sillares del túmulo. El diario no menciona si contenían o se relacionaban con huesos quemados, pero si tenemos en cuenta el carácter sacralizado de las necrópolis, puede considerarse la hipótesis de que el fragmento de galbo y los dos cuencos se asocien a un mismo enterramiento, al menos se hallaron juntos. El galbo es de cerámica a mano grosera y perfil ligeramente en S (fig. 1:5). El cuenco es hemiesférico, a mano, de paredes gruesas (fig. 1:1), de un tipo común durante la Edad del

Bronce y difícil precisión cronológica, semejante a un fragmento de la necrópolis de Los Patos de Cástulo (Blázquez Martínez 1975, 74 fig. 30). El segundo cuenco es una vasija troncocónica de cerámica a mano con indicación del pie (fig. 1:2). Pertenece a un modelo bien documentado como tapadera en necrópolis de tradición de Campos de Urnas en la Meseta Sur, tales como Las Madrigueras (M. Almagro Gorbea 1969, 107) y El Navazo (Galán 1980, 160) en la provincia de Cuenca (Mena 1985, 24); en Ciudad Real (M. Almagro Gorbea 1978, 136, fig. 19); o en Los Villares de Caudete de las Fuentes (Mata 1991, 93).

La cronología de estos materiales viene determinada por los paralelos con las necrópolis citadas. M. Almagro Gorbea propuso una datación entre los siglos VI-V aC (M. Almagro Gorbea 1969, 107), puntualizada recientemente por C. Mata entre la segunda mitad del siglo VII aC. y el segundo cuarto del siglo VI aC. en Los Villares II, nivel en el que conviven cerámicas a mano con un reducido porcentaje de manufacturas a torno (Mata 1991, 191). El asignar una fecha cercana al siglo VII aC. a esta sepultura no resulta extraño si tenemos en cuenta que no es el único elemento antiguo de la necrópolis. No faltan otros como el cuenco carenado con fondo curvo y ónfalos asociado a una fíbula de doble resorte, o la fíbula de pivote del mismo yacimiento que retrotrae la cronología a los inicios del siglo VII aC. si no a un momento inmediatamente anterior (Sanz

Gamo et alii 1992, 74 ss.). El conjunto de materiales apunta pues a una fase antigua de la necrópolis que correspondería a la periodización de Macalón I (M. Almagro Gorbea 1978, 116), anterior a la fecha más antigua asignada en el siglo VI aC (Blázquez Pérez 1987, 27).

El ibérico pleno estaría representado por el plato de barníz rojo. El diario refiere cómo al excavar la tumba encontraron un plato de barro gris (fig. 1:4), núm. 2129, (en realidad acastañado) y varios fragmentos de otro, núm. 2130 (fig. 1:3), así como huesos carbonizados distintos a los que contenía el kálathos. La excavación (1941) no constató si los huesos se asociaban a alguno de los platos, o la posición de estos en relación con el resto del ajuar. Podría pensarse que o bien fueron rotos al excavar el hoyo de la tumba más moderna, o bien se depositaron rotos con los huesos como ofrenda funeraria, que entonces se realizaría previa a la deposición de la sepultura propiamente dicha. La primera hipótesis, la ruptura de la sepultura antigua, se documenta también en la necrópolis del Cigarralejo en la tumba 190 (Cuadrado 1987b, 345). Al tipo de plato de barníz rojo E. Cuadrado dió un desarrollo entre los siglos V-III aC para la zona murciana y el territorio entre el Júcar y Segura (Cuadrado 1969, 282), cronología con la que más recientemente coinciden otros autores (García Cano e Iniesta 1983, 562). Cuadrado apuntó su uso como vajilla de lujo (Cuadrado 1953, 44), que puede ser incluso sustitutoria del barníz negro

(Santos Velasco 1989, 75).

La otra vasija que se encontró rota es un cuenco a torno de cerámica acastañada, perfil acampanado con labio recto, y pie alto, forma fechada por la asociación a campanienses en el estrato E de la Alcudía de Elche (Ramos Folqués 1970, 20 ss.), como imitación de modelos itálicos de los siglos III-II aC. (Page 1984, 156 ss.), e incluso en el siglo IV aC. (Santos Velasco 1983, 320), datación esta última que se documenta en algunos platos-tapadera del Cigarralejo, de formas acampanadas, fondo hundido y bordes rectos, fechados en la primera mitad del siglo IV aC (Cuadrado 1987b, 144, 240, 296).

Otros elementos del ajuar ofrecen cronologías coincidentes o aproximadas al plato de barníz rojo. La fíbula anular (fig. 1:7) es del tipo 4c de Cuadrado, fechado en el siglo V aC. en Andalucía y Los Villares de Hoya Gonzalo, y en el IV-III aC. en El Cigarralejo por asociación a cerámicas de barníz negro (Sanz Gamó et alii 1992, 112 núm. 121). La segunda fíbula conservada es un interesante alfiler de La Téne con cuerpo romboidal de hierro, pie de bronce y pasta vítrea (ámbar según Sánchez Jiménez) y nielados en plata (fig. 1:6). Responde a un tipo del siglo IV aC. con paralelos peninsulares en ricas fíbulas de plata (Los Almadenes de Pozo Blanco, Drieves) y oro (Mairena del Alcor) pero con larga pervivencia como elemento de lujo y prestigio (Sanz Gamó et alii 1992, 214 núm. 168).

Para el resto del ajuar, las cronologías de algunas piezas son

amplias, caso de la falcata (fig. 2:10), sin embargo para otras las precisiones son algo mayores, tales como los fragmentos de pilum (fig. 2:11, 12 y 18), arma que F. Quesada (1989, 315) considera posterior a la conquista romana. Otro tanto podría apuntarse para el casco (fig. 3:25) cuya difusión se ha ligado a la Segunda Guerra Púnica (Abásolo y Pérez Rodríguez 1980). Aunque el modelo se propagó a partir del siglo V aC. desde zonas norítálicas, su extensión peninsular, en especial en el área ibérica, se sitúa entre los siglos IV y II aC., con ejemplares bien fechados como el de la sepultura 146 del Cabecico del Tesoro (Quesada 1990, 232 ss.).

Por otra parte, el kálathos y el plato de cerámica pintada, junto con los huesos, constituían la sepultura en sí. El kálathos (fig. 3:23) corresponde al sombrero de copa típico de cuerpo cilíndrico y borde recto, que Aranegui y Pla encuadran en la forma 17b con una cronología a partir del siglo III aC. (Aranegui y Pla 1981, 78), tipo Ia de Ros Sala (1989, 73). Desarrolla una amplia faja decorativa enmarcada en líneas y bandas, ametopada en cinco campos: bipennes; flores de loto estilizadas; flores trilobuladas con flor de loto, rosácea y pez; postas clásicas; y zig-zag rematados en esteliformes entre triángulos. Un elenco de decoraciones fitomorfas donde sólo aparece un elemento zoomorfo, el pez. Los paralelos más próximos se encuentran en sendos kálathos del Cerro Lucena de Enguera (Valencia) y El Cabecico del Tesoro en Verdolay

(Murcia) (Pericot 1979, 21, 156), el último con un pez clásico del que parece partir una gran flor de loto. Estas semejanzas, así como la técnica de ejecución de las pinturas, han llevado a M.J. Conde a agrupar éstas y otras piezas en un mismo taller del círculo Elche-Archena con influencias de Liria, y a fechar los kálathos en el siglo II aC. (Conde 1990, 154 ss). Los elementos decorativos del kálathos son frecuentes en las cerámicas del levante, y algunos cobran desarrollo a partir del siglo III aC. como es el caso de las postas (Nordström 1973, 139 ss.). En un momento posterior, a partir del 200 aC., se fechan los rellenos de rallados (Elvira Barba 1979, 209) de las flores trilobuladas. Los remates de éstas en cayado o cuello de cisne (Pellicer 1962, 64) o estilizaciones de prótomos de caballos (Cabré 1926, 23) son usuales en la cerámica de Azaila, que Pellicer hizo derivar de Liria y Fontscaldes a partir del 200 aC. (Pellicer 1970, 69). El kálathos parece entroncar con los estilos de Liria cuya cronología ha sido revisada hace poco, proponiéndose un inicio para las manifestaciones figuradas a partir de la Segunda Guerra Púnica (Bonet 1992, 226) por su asociación a la campaniense A, cronología que rebajaron otros autores al siglo II aC (Llobregat 1972, 188) pero en todo caso asociadas a cerámicas campanienses (Aranegui y Plá 1981, 84), y un momento final en el siglo I aC. en torno al 76 aC. (Elvira Barba 1979, 210) hasta época augustea (Aranegui y Plá 1981, 78).

El plato (fig. 3:24) que tapaba el

kálathos presenta en el fondo peces convergentes en rosácea central, rodeados por pequeñas ondulaciones como representación de las aguas, y borde enmarcado por dientes de lobo. R. Olmos ha interpretado el mismo como una alegoría de la fecundidad marina datándolo a partir del siglo III aC. (La sociedad ibérica... 1992, 121).

Entre el ajuar Sánchez Jiménez cita el hallazgo de ocre, más propio de sepulturas antiguas donde se ha considerado con propiedades de tipo mágico (Ramos Sainz 1990, 109). Finalmente, entre los almendros se encuentra una cuenta de collar de pasta vítrea carbonizada.

La estructura arquitectónica que configuraba el monumento funerario era de sillares de piedra y tal vez escalonado (fig. 4). En las primeras líneas del diario, Cernuda anotó la existencia de piedras de arenisca blanca formando "una especie de recuadro del cual está descubierto un ángulo que mide 2'20 x 2'20 formado por cuatro piedras de diverso tamaño". En las fichas Sánchez Jiménez especificó que estaban asentadas y sobresalían del terreno unos 30 cm., su anchura era de 60 cm. por un lado y 70 cm. por el otro. Ambos precisan las medidas interiores (1'70 x 1'70 m.) y un grueso (espesor) de 30 cm. Todo ello nos lleva a calcular unas dimensiones por lado del túmulo en torno a los tres metros. De cómo podría ser, el diario contiene un dibujo esquemático que refleja una base cuadrada rodeada por un total de diez sillares (fig. 5).

Estos se asocian a otras diez piedras "de la misma calidad, magnitudes diversas y todas labradas por sus cuatro caras. Algunas presentaban cajas o mortajas en cola de milano para lazos que unirían unos sillares con otros" (fichas de Sánchez Jiménez). La estructura tumular, de la que ignoramos la cubrición o número de escalones originarios si los tuvo, corresponde al tipo I de M. Almagro Gorbea (1983, 727) y II de Blánquez Pérez (1988, 4). Los paralelos peninsulares para éstos monumentos de sillares escuadrados son escasos, si exceptuamos las referencias a sepulturas principescas en general empedradas del siglo V aC. A partir de modelos antiguos, a finales del siglo III aC. parecen situarse un número de construcciones tumulares localizadas en el sureste y Levante que no muestran sino la perduración de formas. Con no muchos ejemplos, tal ocurre en El Cigarralejo donde algunos túmulos emperados (núm. 165, 180, 181, 198) se fechan en los siglos III-II aC., en algún caso con piedras gruesas como en la núm. 165 (Cuadrado 1987b, 325), y en la tumba 190 realizado el monumento con sillares de arenisca entre cuyo ajuar se encontró una pátera campaniense y un cubilete de paredes finas (Cuadrado 1987b, 345 ss.). El ejemplo clásico que mejor puede paralelizar el túmulo de la sepultura 0, está representado por los de las Cortes de Ampurias, con sillares escuadrados y enterramientos asociados en algún caso a imitaciones de la campaniense B, como en la sepultura 37 (Almagro Basch

1953, 255 ss.; Cuadrado 1974, passim). Otro ejemplo con ciertas reservas es la denominada sepultura de "las damitas" del Corral de Saus, realizada reaprovechando sillares esculpidos de un monumento destruido anterior al siglo IV aC. (Plá 1977, 737). Las cronologías para la construcción del túmulo varían desde el siglo IV aC. asignada por Aparicio Pérez (1984, 197) en base a un fragmento de crátera de figuras rojas, de cuya asociación no existe constancia cierta, y la segunda mitad del siglo III aC. (Fletcher Valls 1977, 4). También recientes excavaciones en El Tolmo de Minateda (Hellín, Albacete) han documentado túmulos, uno de ellos de adobes asociado a imitación de la campaniense B.

Todo ello nos lleva a proponer una cronología para la denominada sepultura 0 en los momentos finales del siglo III aC. o los primeros años del siglo II aC. El estrecho margen de tiempo vendría reforzado por la tesis de Quesada al matizar cómo el desarme se produjo en un momento en torno al 195 aC., rechazando la opinión que aboga por la ausencia de armas en sepulturas tardías (Quesada 1989,I, 114).

CONCLUSIONES

Por lo expuesto parece claro que existió una superposición de tumbas, con destrucciones que responden a momentos distintos de utilización de un mismo espacio, y no intromisiones tardías de algunos elementos del ajuar (Blánquez Pérez 1990, 277).

La sepultura más antigua, que se encontraba bajo los sillares del túmulo, apunta a una datación en el siglo VII-VI aC., y no es ajena a otros materiales aparecidos en la necrópolis aunque de escasa representatividad, con fíbulas del grupo antiguo y cerámicas a mano.

El problema lo presentan el plato de barníz rojo, el cuenco acastañado y las dos fíbulas, en especial la de La Téne, por cuanto su apogeo se estima en el siglo IV aC. La presencia de los huesos citados podría ser índice, como apuntábamos más arriba, de la existencia de una tumba, con la que no sabemos si se relacionarían la cuenta de pasta vítrea y el ocre. En todo caso, el plato de barníz rojo y la fíbula de La Téne son elementos de lujo y prestigio y como tales perfectamente relacionables con otro mobiliario posterior del ajuar, no faltando ejemplos de asociación de determinados productos con otros más modernos, valga como referencia la convivencia de cerámicas áticas del siglo IV aC. con campanienses A en Sant Miquel de Lliria (Bonet 1992,

233), o en la sepultura 184 del Cabecico del Tesoro (Quesada 1989, 23).

Todo parece indicar que el túmulo de la sepultura 0 se construyó una vez depositada la cremación contenida en el kálathos, cuya cronología se situaría en torno al 200 aC, datación corroborada por el mismo plato de los peces, y tal vez por algunas de las armas fechadas por contexto, como el casco o el umbo de escudo de hierro (Quesada 1990, 235 ss.). La sepultura es evidente que perteneció a un guerrero por la asociación con las armas de hierro (Pereira Sieso 1989, 485), su vinculación al caballo parece clara a partir de la presencia del molar de équido y la horquilla de bronce que hemos catalogado como espuela (Abascal y Sanz Gamó 1993, en prensa, núm. cat. 291), lo que sugiere la hipótesis de la presencia de un jinete con un peso social específico (Pereira Sieso 1991, 148), que además fué enterrado bajo una estructura tumular reflejo de su estatus social (M. Almagro Gorbea 1983, 727; Castelo et alii 1991, 153).

El túmulo responde a una tradición antigua, bien documentada a partir de mediados del siglo V aC. hasta la conquista romana como ya señaló M. Almagro Gorbea (1983, 727), en un proceso ininterrumpido aunque desigual patente en la necrópolis del Cigarralejo (Cuadrado 1987b, *passim*), a pesar de la disminución de construcciones en época tardía. Los remates de estos túmulos son, por otra parte, mal conocidos. Almagro Basch supuso que tendrían un cipo o escultura (Almagro Basch 1953, 256). La destrucción en que se encontraba el túmulo de la Hoya de Santa Ana no permite ninguna hipótesis. No obstante, el monumento en sí parece encontrarse en la propia urna y plato que la tapaba, con decoraciones tales como la hiedra y los peces alusivos a la fecundidad (La sociedad ibérica... 1992, 85 ss.), quizás nos encontremos con alguna de las vasijas de encargo y evidente significado funerario (Olmos 1987, *passim*).

BIBLIOGRAFIA

- Abascal Palazón, J.M. y Sanz Gamó, R., 1993: Catálogo de bronce del Museo de Albacete. Albacete (en prensa).
- Abasolo J.A. y Pérez Rodríguez, F., 1980: El casco céltico de Gorrita (Valladolid). Boletín del Seminario de Arte y Arqueología XLVI 1980, 93 ss.
- Almagro Basch, M. 1953: Las necrópolis de Ampurias, I. Barcelona.
- Almagro Gorbea, M. 1969: La necrópolis de "Las Madrigueras". Carrascosa del Campo (Cuenca). BPH vol X. Madrid. 1978: La iberización en las zonas orientales de La Meseta. Simposi Els origins del mon iberic. Ampurias 38-40, 1976-78, 93-156. 1983: Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas. XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza 1983, 725-736.
- Aparicio Pérez, J. 1984: Tres monumentos ibéricos valencianos: La Bastida, Meca y el Corral de Saus. Varia III. Homenaje a D. Fletcher Valls. Valencia, 145-205.
- Aranegui Gascó, C. y Plá Ballester, E., 1981: La cerámica ibérica. La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. Madrid 1979-1981, 73-114.
- Barroul, G. y Souzade, G., 1969: Une tombe de guerrier á Saint-Laurent-des-Arbres (Gard). Contribution á l'étude des sepultures du 1er siècle av. J.C. dans la basse vallée du Rhône. RSL 35. Omaggio a Fernand Benoit 3, 15-89.
- Blánquez Pérez, J.J., 1987: Notas acerca de una revisión de la necrópolis ibérica de la Hoya de Santa Ana, Chinchilla, Albacete. Homenaje a D. Gratiniano Nieto II. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid 13-14, 1986-1987, 9-27. 1988: Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico. Actas del Primer Congreso peninsular de Historia Antigua, II, Santiago de

- Compostela 1988, 5-38. 1990: La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete). Albacete. 1992: Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta. Universidad Autónoma de Madrid. *Varía I*. Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis. Madrid 1991-1992, 235-278.
- Blázquez Martínez, J.M., 1975: Cástulo I. *Acta Arqueológica Hispánica* 8. Madrid.
- Bonet, H., 1992: La cerámica de Sant Miquel de Lliria: su contexto arqueológico. Cat. expo La sociedad ibérica a través de la imagen, Madrid 1992, 224-236.
- Cabré Aguiló, J., 1926: Las estilizaciones de aves y caballos de Azaila. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, V, mem. XLIII, 3-27.
- Chapa Brunet, T., 1991: La "arqueología de la muerte". Planteamientos, problemas y resultados. Seminario Arqueología de la Muerte: metodología y perspectivas actuales. Córdoba 1990-1991, 13-38.
- Castelo Ruano, R.; Blánquez Pérez, J.J. y Cuadrado, E., 1991: Ibérico I. Organización territorial y urbana: I. Poblados. II. Necrópolis. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31. 1991, 135-165.
- Conde Berdós, M. J., 1990: Los kálathos "sombbrero de copa" de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (Murcia). *Verdolay* 2, Murcia 1990, Homenaje a E. Cuadrado, 149-160.
- Cuadrado, E., 1953: Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta. *Zephyrus* IV, Salamanca 1953, 265-309. 1969: Origen y desarrollo de la cerámica de barníz rojo en el mundo tartésico. V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona, 257-290. 1974: Las tumbas tumulares de Las Cortes. *Miscelánea Arqueológica I. XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología de Ampurias (1947-1971)*. Barcelona 1971-1974, 251-262. 1987a: Las necrópolis ibéricas del Levante español. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén 1985-1987, 185-203. 1987b: La necrópolis ibérica de "El Cigarralejo" (Mula, Murcia). *Biblioteca Praehistórica Hispana* vol XXIII. Madrid.
- Elvira Barba, M.A. 1979: Aproximación al estilo florido o rico de la cerámica de Liria. *Archivo Español de Arqueología* 52, núm 139-140, 1979, 205-225.
- Fletcher Valls, D., 1977: La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia). Nota informativa con motivo del cincuenta aniversario de la fundación del SIP. Valencia 1977.
- Galán Saunier, C., 1980: Memoria de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis de El Navazo. La Hinojosa (Cuenca). 1976. *Noticiario Arqueológico Hispánico* 8, Madrid, 141-209.
- García Cano, J. M. e Iniesta Sanmartín, A., 1983: Aproximación a la cerámica de barníz rojo ibero-tartésica en la región de Murcia. XVI Congreso Nacional de Arqueología. Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza 1983, 561-570.
- García Martínez, H. y cano Gómez, M. I., 1989: Tratamiento de conservación y restauración del kálathos y plato de los peces de la Hoya de Santa Ana. *Al-Basit* 25, 67-76.
- Llobregat Conesa, E., 1972: Contestania ibérica. Alicante.
- La sociedad ibérica a través de la imagen, cat. de la exposición, introducción de R. Olmos. Madrid 1992.
- Mata Parreño, C. 1991: Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la cultura ibérica. Valencia.
- Mena Muñoz, P., 1985: Catálogo de las cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca. Cuenca.
- Nordström, S., 1973: La cerámique peinte ibérique de la province d'Alicante. II. Estocolmo.
- Olmos Romera, R., 1987: Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del sureste. *Archivo Español de Arqueología* 60, 21-42.
- Page, V., 1984: Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia. Madrid.
- Pellicer, M., 1962: La cerámica ibérica del valle del Ebro. (Síntesis de una tesis doctoral). *Caesaraugusta* 19-20, 37-78. 1970: La cerámica ibérica del Cabezo de Azaila. *Caesaraugusta* 33-34, 1969-1970, 63-87.
- Pereira Sieso, J., 1989: Necrópolis ibéricas andaluzas. Nuevas perspectivas en su valoración y estudio. Tartessos. Barcelona 1989, 477-494. 1991: El mundo funerario durante la Prehistoria en la Península Ibérica. Seminario Arqueología de la muerte: metodología y perspectivas actuales. Córdoba 1990-1991, 115-203.
- Pericot, L., 1979: Cerámica ibérica. Barcelona.
- Plá Ballester, E., 1977: La necrópolis ibérica, con sepulturas de empedrado tumular, del Corral de Saus, en Mogente (Valencia). XIV Congreso Nacional de Arqueología. Vitoria 1975, Zaragoza 1977, 727-738.
- Quesada Sanz, F. 1989: Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de "El Cabecico del Tesoro" (Murcia, España). Oxford. 1990: Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos*. Daroca 1988, Zaragoza 1990, 231-240.
- Ramos Folqués, R., 1970: Excavaciones en La Alcudía (Elche). Valencia, serie Trabajos Varios del SIP núm. 39.
- Ramos Sainz, M. L., 1990: Estudio sobre el material funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- Ros Sala, M.M., 1989: La pervivencia del elemento indígena: la cerámica ibérica. Universidad de Murcia. Murcia.
- Sánchez Jiménez, J., 1943: Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Albacete en 1941. *Informes y Memorias* núm. 3. Madrid.
- Santos Velasco, J. A., 1983: La denominada necrópolis ibérica de Orán, en el Museo Arqueológico Nacional. *Trabajos de Prehistoria* 40, 1983, 309-352. 1989: Análisis social de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo y otros contextos funerarios de su entorno. *Archivo Español de Arqueología* 62, 1989, 71-100.
- San Valero Aparisi, J. 1949: Sobre ourivesaria do ferro céltico hispánico. O tesouro de prata de Drieves (Guadalajara, Espanha). *Rev. de Guimarães* 1-2, 1949, 4 ss.
- Sanz Gamó, R., López Precioso, J. y Soria Combadiera, L., 1992: Las fíbulas de la provincia de Abacete. Apéndice de S. Rovira Llorens : Las fíbulas de la provincia de Albacete: un análisis arqueometalúrgico. Albacete.

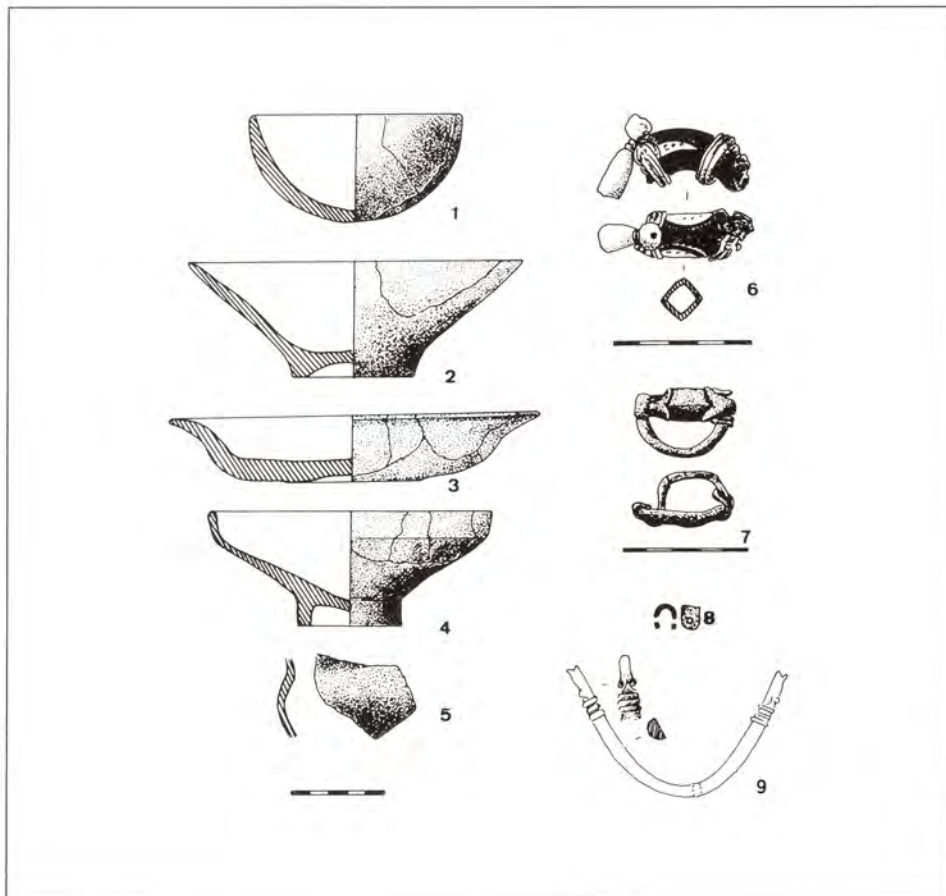


Fig. 1- Sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana: 1 cuenco hemiesférico; 2 vasija troncocónica; 3 plato de barniz rojo; 4 cuenco acastañado; 5 galgo de cerámica a mano; 6 fibula de La Tene; 7 fibula anular; 8 resorte de fibula; 9 espuela.

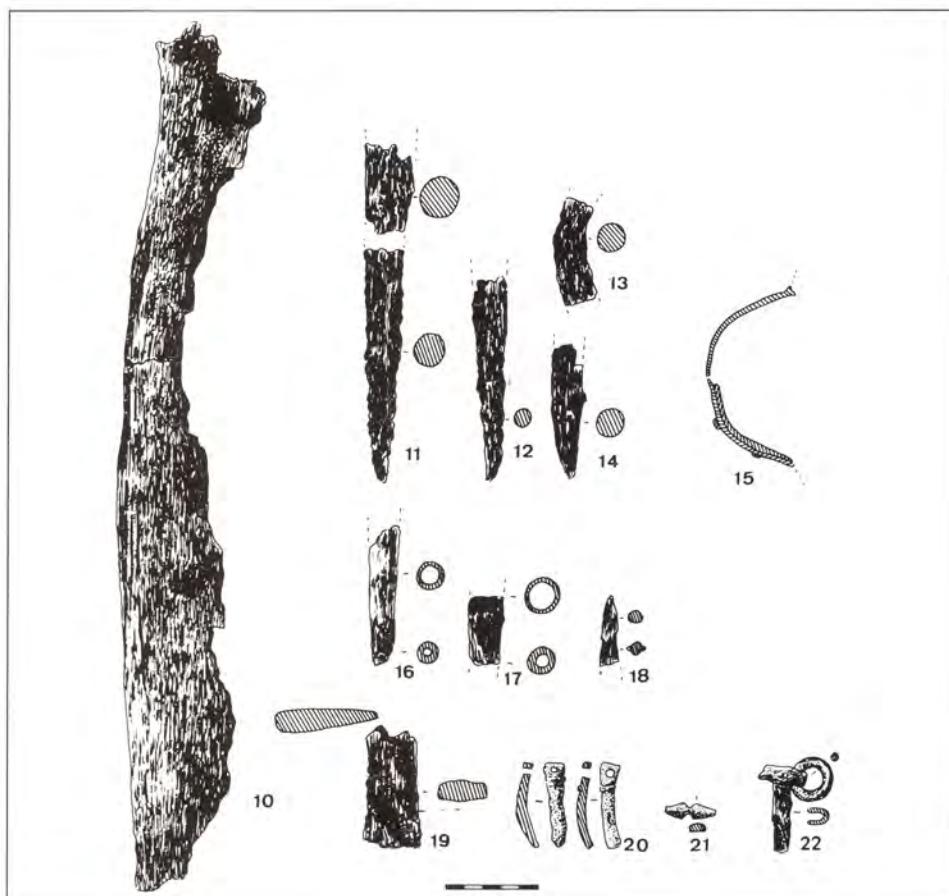


Fig. 2.- Sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana: 10 y 19 falcata; 11, 12 y 18 fragmentos de *pilum*; 13-14 fragmentos de hierro; 15 umbo de escudo; 16-17 regatón; 20 vástagos; 21 pasador; 22 fragmento de vaina.



Fig. 3.- Sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana: 23 kalathos; 24 plato de los peces; 25 casco.



Fig. 4.- Sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana: Estructura descubierta.

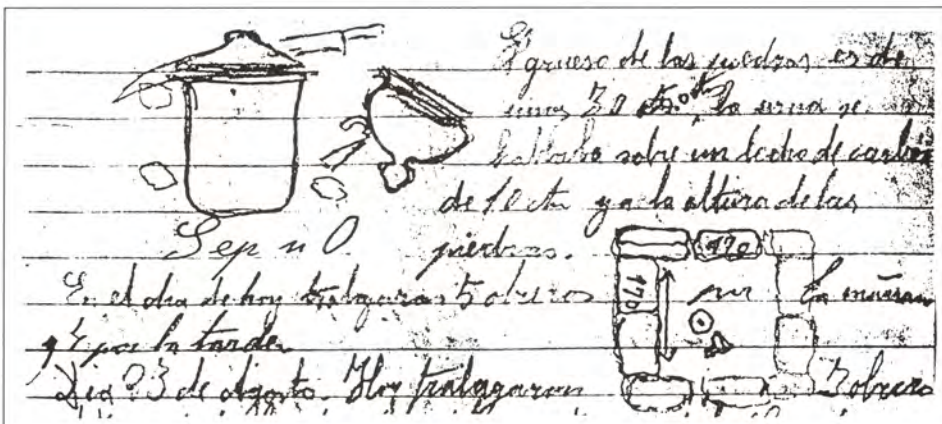


Fig. 5.- Sepultura 0 de la Hoya de Santa Ana: Planta y disposición del ajuar según el diario de excavación.